¿Apocalíptico?

Benjamín Campos Serrano, SJ.

Folleto Número 1

Infórmese a tiempo... es grave.

1. Prólogo

México, 1971-1974.

Es voz muy generalizada que los defensores de la Iglesia preconciliar debemos abandonar la lucha; que los reformadores son demasiados en número y en dignidad; que por experiencia debemos entender que no atenderán razones y que si hablamos, solo conseguiremos provocar escándalo y el odio de cuantos han resuelto seguir adelante en la reforma de la Iglesia. Que la defensa de nuestras almas, (dicen los derrotistas), solo podemos obtenerla de Dios en la oración y en la penitencia por nuestros pecados; oración privada o pública, (si es que no llegan a suprimirla), pero que toda lucha es indebida.

No lo juzgamos así. Y para este criterio nos fundamos en el ejemplo de Cristo.

Nosotros conservamos la fe en su divinidad; por esto sabemos que él no ignoraba la inefectividad de su predicación para los escribas, fariseos, sacerdotes; pero hay más, para el pueblo sencillo, no había de servir inmediatamente, lo habían de crucificar pidiendo a Pilatos que lo condenara y que su sangre divina «cayera sobre ellos y sobre sus hijos»[1]. Pero un día obtendría el fruto de redención.

Con toda humildad podemos decir que también nosotros no esperamos el fruto inmediato. Sabemos que nos condenarán y pedirán que nuestra sangre pague el *crimen* de haber defendido a la Iglesia de veinte siglos. Sabemos que llegará el momento en que se proclame al nuevo mesías el cual ha de «sentarse en el lugar santo y se hará proclamar hijo de Dios»[2].

Pero es nuestro propósito proclamar que el único redentor del mundo es Cristo, y que es falso que haya abandonado a su Iglesia. Y por esto juntaremos aquí artículos publicados en varias revistas y periódicos, artículos todos encaminados a recordar las verdades de fe que la Iglesia ha enseñado durante veinte siglos, y que ha sostenido con la santidad de innumerables confesores y mártires. Tal vez algunas almas reciban de estos artículos la luz y fortaleza que ahora más que nunca necesitamos.

Y con esto esperamos se conserve la fidelidad a Cristo que es lo único que nos mueve a llevar adelante esta publicación. A él y a la Santísima Virgen sea toda la gloria.

2. Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.

«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas»[3]. Así habló el Profeta y así lo repitió Cristo al acercarse su pasión. He aquí pues, uno de los síntomas que hablan más claro de la muerte de Cristo, y podríamos decir, en estos días, de la muerte del cuerpo místico de Cristo.

Sé que la Iglesia no ha de perecer; sé que Cristo la ha de defender hasta el fin de los tiempos; pero sé también que cuando él venga, el mundo habrá apostatado y solo los elegidos, (unos pocos), quedarán fieles; ya que Cristo prometió «abreviar esos días por amor a sus elegidos»[4]. De aquí que la presente división de católicos me haga pensar en la realización de la profecía apocalíptica: «El ángel del Señor marcará en la frente con la señal de Cristo a unos cuantos; y a otros con la señal del anticristo, en la frente o en el brazo»[5]. ¿Con cuál de esas señales estaremos marcados? ¿Estará la distinción en la destrucción de la Iglesia (pre y posconciliar) o en la defensa de esa misma Iglesia?

Yo sé que el Papa no podrá estar del lado

[1] Mateo 27, 25.
[2] 2 Tesalonicenses 2, 4.
[3] Mateo 26, 31.
[4] Mateo 24, 22.
[5] Apocalipsis 13, 16.

del anticristo; por esto sospecho que no es él quien dicta leyes contra la Iglesia de todos los tiempos; por eso se trae a la memoria las palabras de Cristo: «Velad y orad, para que no caigáis en la tentación»[6].

3. Primera Charla de Cuatro.

Dos amigos se encontraron y la conversación cayó pronto en un tema de actualidad: La modernización de la Iglesia. Así hablaron:

P. ¿No ha leído lo que dice el Papa: «Que no debemos temer los cambios»?

C. Yo no los temo. En todo tiempo hemos tenido cambios, y nadie ha tenido siquiera sentimiento de admiración por ellos. Yo mismo he introducido cánticos nuevos, adornos nuevos, construcciones nuevas... no nos asustan los cambios.

P. Entonces, ¿por qué se oponen a lo que el Papa o el Concilio han mandado?

C. ¡Qué fácil es condenarnos! ¿No recuerda que un día no lejano hemos de ser juzgados por Cristo, y que allí triunfará la verdad y será manifestada y condenada la calumnia?

P. Lo sabemos y por eso luchamos. La verdad está con el Papa, con el Concilio; y el Papa y el Concilio han decretado los cambios.

C. ¿El Papa? ¿el Concilio? ¿dónde ha mandado el Papa o el Concilio las misas *a gogó*? ¿dónde la comunión de pie? ¿dónde hacer las hostias como galleta? ¿dónde alterar la Biblia? ¿dónde...? ¿quiere más citas? Y con todo esto dice usted que los cambios son mandados por el Papa, y que nosotros no somos obedientes, que por nosotros se ha dicho que no debemos temer los cambios... no los tememos; los combatimos cuando tienden a destruir la Iglesia, a destruir la fe en Cristo.

P. ¿Acaso los cambios tienden a destruir a la Iglesia?

C. Todos no, algunos sí. Yo no soy juez de nadie, pero tampoco estoy ciego. Y porque lo veo lo afirmo. Tiende a minar la Iglesia, a destruirla, el atribuir al Papa o al Concilio lo que ellos no han dicho; tiende a destruir la fe en Cristo Dios el introducir reformas que escandalizan al pueblo fiel; tiende a destruir la Iglesia quitar el respeto a Cristo sacramentado; tiende a quitar la fe el representar errores con apariencia de verdad como cuando dicen que «debemos humanizar la Iglesia porque Cristo vino a ser en todo humano», en vez de decir, (como es la verdad), que vino a divinizar a los hombres; tiende a destruir la Iglesia el hacer que los sacerdotes vivan mundanamente... y tantas otras cosas.

P. ¿Quién tiende a destruir la fe en Cristo? Porque usted habla como si todos los que aceptamos los cambios fuéramos culpables.

C. A nadie culpo. Eso es exclusivo de Dios. Cristo mismo nos lo dijo: «Todo juicio se me ha dado»[7]. Y si ustedes afirman que la propia conciencia debe ser nuestra última norma de conducta, ¿por qué quieren que pisoteemos la conciencia cuando ella nos dice que es intrínsecamente malo este o aquel cambio? Ustedes en su modo de actuar están condenando a Cristo al condenar la Iglesia preconciliar. Porque si Cristo nos engañó, (corrijo la frase: si Cristo nos hubiera engañado), no cumpliendo su promesa de «estar con nosotros hasta el fin de los siglos»[8], no podríamos creer que es Dios. Dios es infalible, es infinitamente fiel a su palabra...

P. Es usted demasiado duro. Usted sí condena; nos condena a pesar de haber dicho que no es juez.

C. ¿Yo condeno? Se equivoca. Yo señalo los males y con todo respeto al Texto sagrado le digo: «Si digo la verdad, ¿por qué me condenan? Y si digo mal díganme en qué»[9].

P. ¡No se exalte!

C. Lo confieso; no puedo menos que resentir en forma demasiado viva el que se ataque a Cristo, a la Iglesia. Pero mi sentimiento nada quita de la verdad de mis afirmaciones. Ni sufriría la verdad porque fuera dicha por el diablo. Toda verdad es eterna.

P. En ese caso, ¿cree usted que vamos por mal camino los que amamos los cambios?

C. Insisto en lo dicho: No todos los cambios deben ser juzgados con el mismo rigor. Pero sí debemos estar alerta aun cuando esto nos lleve a cometer algún error. Porque los males que se están causando a las almas son demasiado graves. Tanto que muchas veces he pensado en las condenaciones de los judíos lanzadas por Cristo: «Ay de vosotros... que diezmáis el anís... ay de vosotros que blanqueáis los sepulcros... ay de vosotros que recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito y... lo hacéis digno

[6] Mateo 26, 41.

[7] Juan 5, 22.

[8] Mateo 28, 20.

[9] Juan 18, 23.

del infierno. . . »[10]. Los efectos declaran bien la bondad o maldad de la causa de donde provienen. Deme un caso de sacerdote que haya abandonado su ministerio y quebrantado sus votos, que no haya sido progresista; deme un caso de sacerdote que consienta la indecencia, la inmodestia, la prostitución. . . que no haya sido progresista; y para decirlo todo de un golpe, dígame si el cristianismo se ha mejorado en su fe o en sus costumbres por el hecho de haberse modificado las rúbricas.

P. ¡Que si se ha modificado el cristianismo! Claro que sí. Ahora tenemos muchedumbre de católicos que trabajan en el movimiento de la justicia social; gente que antes no hacía nada. Ahora nos preocupamos por llevar al pueblo las enseñanzas de la Iglesia y antes no lo hacíamos. Y así puedo citarle innumerables mejoras.

C. Usted no ha tocado el tema propuesto. Yo dije que estoy pidiendo las mejoras llevadas a cabo por los cambios litúrgicos. Y nada ha dicho que se deba a los cambios litúrgicos. Por favor óigame. ¿No se pudo trabajar antes de estos cambios en promover la justicia social, no se pudo intensificar la enseñanza de la religión sin los cambios litúrgicos?. . . Dígame que ahora el pueblo participa más de la excelencia de la Misa, y a lo menos habrá tocado el punto que yo le pedí.

P. Bien; ahora que usted lo ha dicho, contésteme.

C. Dos cosas diré:

Primera: Antes de los cambios litúrgicos yo di al pueblo cristiano toda la participación que ahora se le da, y la di sin las modificaciones actuales.

Segunda: Nunca di, ni acepto las modificaciones o correcciones que se están haciendo a la sagrada Escritura. Esto me demuestra que hay un fondo en los cambios, fondo que no es elevar al cristiano hacia una religión más pura. Decir que se le lleva a Dios introduciendo palabras y frases que no dicen con la fe, esto es contrario a Dios.

P. Es usted demasiado intransigente.

C. ¿Por qué no cambian ustedes las verdades matemáticas? ¿porque son intocables? Pues para mí la palabra de Dios es más firme que toda verdad humana, aunque sea verdad matemática. Cambie si quiere las matemáticas y no me exaltaré; no me toque la palabra de Dios, (Cristo es Dios), y no me pida que me quede impávido.

P. Yo insisto en que debemos estar con nuestros obispos.

C. Y yo insisto en que debemos estar con el Papa; que si ellos no estuvieren con el Papa, prefiero quedarme con el Papa y contra los obispos. ¡Ojalá que ellos no se aparten del Papa!

P. ¿Qué le parece si cortamos aquí?

C. Solo añadiré una palabra: aquí podemos cortar, pero nos encontraremos en el tribunal de Cristo; es imposible que lo evite. Acepto pues la cita para ese momento.

4. Segunda Charla de Cuatro.

P. Lo he venido a buscar porque sus palabras de nuestra charla anterior me han dejado impresionado. ¿Cómo es posible que usted piense que los progresistas estamos en el error? ¿Cómo, que debemos desobedecer a nuestros obispos? ¿Cómo, que debemos preferir las normas preconciliares a todo lo que hoy buscamos con deseo de servir mejor a Cristo?

C. Lamento no haberme explicado debidamente. Y conste que mis deseos son únicamente de servir a la verdad. Cristo es la verdad. Procuraré hoy ser más claro. Ojalá lo consiga.

P. Por favor; yo creo que si los dos buscamos a Cristo, necesariamente nos entenderemos.

C. Dice usted que yo he afirmado que debemos desobedecer a los obispos. Nada más erróneo. Ellos son los puestos por Cristo «para regir la grey del Señor»[11]; «quien a ellos oye, a Dios oye»[12]. Pero para que ellos sean verdaderos pastores deben estar con el Papa. Por lo cual dije que si ellos desoyen al Papa, si están en desacuerdo con el Papa. . . (hablo en una hipótesis posible), en ese caso debemos estar con el Papa y no con los que se apartan de la cabeza visible de Cristo; porque Cristo es el centro sin restricción; el Papa comprometido y defendido en su actuación para guiarnos; finalmente los obispos, los sacerdotes que secunden al Papa. Creo que este es un punto en el que coincidimos.

P. Esto lo entiendo perfectamente. Yo creo que nuestro obispo no se ha apartado del criterio señalado por el Papa.

[10]Mateo 23, 23.

[11]1 Pedro 5, 2.

[12]1 Juan 4, 5.

C. Yo hablo de doctrinas; no juzgo a las personas. Cuando alguno se siente aludido, señal es que la doctrina es la que lo ofende; él mismo se condena.

P. ¿No le parece esto demasiado duro?

C. ¿Duro el tener a la mano la norma para saber si estamos en el buen camino o andamos mal? No es la norma la que nos condena sino nuestra conducta la que nos coloca a la derecha de la verdad o a la izquierda. Vivamos según la norma, y nada tenemos que temer, nada que nos moleste aun cuando los hombres nos condenen.

Digo pues, resumiendo, que en estos momentos de perturbación, debemos atender al Papa, el cual nos adoctrina semanariamente.

P. Ahora dígame sinceramente: ¿andamos fuera del camino recto los progresistas?

C. Distingamos. Una cosa es la culpabilidad, la cual nace de la conciencia que debemos formarnos con las luces que Dios nos da; y otra la objetividad de rectitud o maldad del camino elegido. La responsabilidad o culpabilidad de cada uno solo Dios la conoce. Confieso, sin embargo, que hay muchas cosas que no entiendo. O para hablar más claro, no puedo encontrar alguna excusa. ¿Cómo encontrar justificante para los que aceptan un cargo, verbigracia el de traductores, si no saben latín? Porque si saben traducir y a pesar de esto cambian la palabra de Dios, su responsabilidad sería enorme; equivaldría a querer corregir a Dios. Esto no lo hace ni Luzbel. Prefiero pensar que no saben latín y por esto no encuentro cómo explicarme que acepten el cargo. Por esto digo que no quiero ni debo meterme en opinar sobre la responsabilidad o culpabilidad de las personas. ¿Qué luces han tenido? ¿Las han aceptado? ¿Han preferido las tinieblas?

Pero si me pregunta sobre la objetividad, aquí sí puedo hablar.

Distingo en varias clases las innovaciones. Las que tocan lo esencial; las que lesionan alguna o a menudo muchas almas; las que ayudan a santificar a los fieles; las que no se ve su finalidad.

Las esenciales son aquellas que nadie puede mudar. Tales son las enseñanzas de la fe, las normas de moral de derecho natural o divino, o finalmente, (aunque esto último no sé si ustedes lo admitan), las normas que como intocables ha guardado la Iglesia en todo tiempo.

Las segundas, las que lesionan el bien espiritual de las almas; estas podrían tocarse, es decir cambiarse solamente en el caso en que cesara el daño de los fieles. Lesionarlos, verbigracia con el escándalo es intrínsecamente malo, no el cambio sino el escándalo. Esta clase de innovaciones, sin llegar a lo intocable de las primeras están casi en el mismo nivel.

Las últimas, es decir cuando no se ve la finalidad podemos tomar dos posiciones: Preguntar a los responsables, (obispos y sacerdotes), qué se pretende en esa innovación; o someternos a ella dejando a Dios el juicio.

P. ¿Cree usted que se haya hecho algo contra la firmeza de lo invariable?

C. El Papa o el Concilio, no; muchos de los progresistas sí. Y estos son tantos que han hecho dudar al pueblo cristiano. La duda ha quitado su lugar a la fe. Porque no es poco lo que necesitamos para conservarnos fieles en medio de tantas conmociones.

P. Me gustaría saber su opinión.

C. Mi opinión en qué materia.

P. Sobre cuáles son los puntos esenciales que se han lesionado.

C. No he hecho lista de lo que me parece indebido. Sé algo pero sin duda no daré lo que usted me pide. A lo menos algo completo.

P. De todos modos dígame algo; puede servirme.

C. Ha dicho el Concilio, y el Papa lo ha reafirmado, que debemos atraer a los no católicos a la fe. Se ha interpretado en sentido de dar a los no católicos la impresión de que ellos están en la verdad. Y con esto se ha dicho que toda creencia es buena con tal que nazca de buena voluntad. La frase es herética pues Cristo mismo lo dice: «El que no creyere se condenará»[13]. Alegan que una cosa es lo objetivo, otra lo subjetivo. Insisto que el afirmar que la fe no es necesaria es herético.

Se ha dicho que Cristo no está en la hostia consagrada fuera de la Misa; también frase herética. Que Cristo no está en las partículas de hostia consagrada: herético. Que los fieles consagran juntamente con el sacerdote; se niega el carácter sacerdotal que viene a resultar herético. Que no hay infierno: herético. Y podría seguir la lista.

Casi herética es la traducción al castellano de la nueva misa. Implícitamente se niega la transubstanciación, siendo así que el Papa no dice: hic panis erit; sino: ex quo fiet. Lo cual

[13]Marcos 16, 16.

significa, en lo dicho por el Papa: Este pan que será transformado en pan de vida; lo dicho en la traducción: este pan que será pan de vida.

Del mismo modo, es casi herético el cambiar la sagrada Escritura. Lo expongo en una forma que podrá parecer exagerada. Es necesario para dejar claro mi pensamiento.

¿Se atrevería usted a decirle a Dios: «Tú no supiste decir las cosas; te voy a decir cómo debiste hablar?» ¿No es verdad que tales palabras serían satánicas, infernales? Por esto yo elijo sin género de duda el decirle a Dios, (y lo digo con toda sinceridad), «Señor, no entiendo tus palabras; pero no por esto dejaré de decirlas y defenderlas. Dime cuál es el sentido que encierran. Y si tú no me lo dices, seguiré repitiéndolas y confesando que no las entiendo.» Así es como yo hablo y como creo que debería hablar todo el que tenga fe en él.

P. Es que el Papa ha mandado estudiar el texto y buscar el sentido de la Biblia.

C. Lo sé. Pero estudiar no es modificar. Y cuando me consta que él ha dicho algo, no lo modificaré por nada de este mundo.

P. ¿Ve cómo ustedes no hacen lo que el Papa dice?

C. El Papa no ha dicho: «cambien»; sino: «estudien». Le digo más. Mi empeño ha sido encontrar en los adelantos de la ciencia la defensa de la palabra de Dios; y si no encuentro el camino para mi deseo, seguiré diciendo. «No entiendo; pero Dios no se equivoca.» No me atreveré a tocar su palabra. Y tengo la seguridad de llegar algún día a entenderla.

P. Hace poco creí que llegaríamos a entendernos; ahora veo que habrá puntos en los que no lograremos este entendimiento.

C. Lo lamento. En esto seré, con la gracia de Dios, inconmovible.

P. ¿Prefiere que cortemos aquí?

C. No tengo dificultad aunque yo quisiera decir algo de suma gravedad.

P. Diga.

C. ¿Sabe por qué nos hemos distanciado aun en cosas que parecen no tener importancia?

P. No me lo explico.

C. Porque hay en los cambios un elemento innegable. Se trata de destruir la fe en Cristo. De esto quiero hablar despacio y por lo mismo dejo este punto vital para la próxima charla. Explicaré lo dicho y creo que no le quedará duda. Ojalá me conceda Dios realizar mi propósito.

5. Tercera Charla de Cuatro.

C. Espero que nuestra charla anterior haya servido para ponernos de acuerdo, a lo menos en algo. Pero me repitió la acusación de que nosotros no obedecemos al Papa. ¿Así lo cree usted? ¿No se estará dejando llevar de prejuicios?

P. ¿No es así?

C. No. Pero prometí decir algo más importante, y quiero hacerlo. Usted dice que el Papa es infalible. Acepto y pido una explicación. ¿Por qué afirma eso?

P. Porque Cristo lo dijo.

C. En los santos Evangelios, ¿verdad?

P. Sí.

C. Y ¿cómo comprobamos que lo dicho es dicho por Dios, que Cristo es Dios? ¿con la Tradición o sin ella?

P. Ya veo a dónde va y no acepto su táctica.

C. Me alegro de que vea a dónde voy; su negativa a dar una respuesta es para mí un argumento magnífico. Usted de este modo confiesa el valor de la Tradición. No crea que haré de ello un argumento contra mí, solo afirmo, y usted no podrá negarlo, que la Tradición es fuente de verdad; no único ni supremo, pero sí fuente de verdad.

P. Nunca lo he negado.

C. Estamos de acuerdo y añado: Cuando la voz de los Papas, de los Concilios y la Tradición están de acuerdo; cuando una proposición está en los Evangelios y la Tradición, (permítame repetirlo: con los Papas, los Concilios y el sentir unánime de todos los tiempos), ¿podrá conservarse la fe contraviniendo a esa Tradición?

P. Nosotros no nos hemos opuesto a eso; lo respetamos y reclamamos que ustedes no se sujeten al Papa.

C. Cuando acabemos la charla creo ha de quedar claro cuál debe ser el camino. Entonces no diremos conservadores ni progresistas, sino verdaderos cristianos y falsos cristianos, con Cristo o contra Cristo. Por ahora quede establecido:

Primero: Cristo es Dios verdadero.

Segundo: La Tradición es necesaria para conservar la fe.

Tercero: Es diabólico, contrario a Cristo deformar algo de lo dicho por Dios.

P. En esto sí estamos de acuerdo, pero no nos salgamos del tema.

C. No me saldré. Prosigo.

Yo sé que oponerme a la verdad, aunque esta sea solamente humana, es caminar en el error, y caminar en el error es irracional; pero no me detengo en esto que solo cito como fundamento racional de nuestra charla. Entiendo pues que todo lo que mine en nosotros la certeza de la veracidad a la autoridad de Dios, es irracional; y por tratarse de Dios, es además temerario, irrespetuoso, diabólico en sí aunque esto último quede inadvertido a quien lo haga.

P. Insisto que nosotros no minamos nada de lo intocable.

C. Lo he dicho antes; establezco bases, no juzgo. Permítaseme seguir.

¿Admite usted que Cristo nos mandó ser uno, como él y su Padre son uno?[14] ¿Admite que atentar contra la unidad es actuar contra Cristo?[15]

P. Son ustedes los que atentan contra la unidad al desobedecer al Papa.

C. Pido nuevamente que me escuche. Si yo no busco la verdad, si la verdad me condena, acepto esa sentencia. Ir contra la verdad es ir contra Dios; y por su misericordia yo lo respeto y lo amo suficientemente para no querer oponerme a la verdad. Expongo pues mi proposición que puedo demostrar.

Hay un plan satánico contra Cristo. La lucha se dará, (se está dando), en la fe, en la moral y en la liturgia.

a) Se da contra la fe reformando la palabra de Dios, estableciendo la movilidad en todo, comenzando por la multitud de traducciones; de donde brota inevitablemente la duda. De la duda las interpretaciones torcidas; de estas el menosprecio de las que no son nuestras, que no nos gustan. Y finalmente de todo esto el desprecio o por lo menos la desestima de la Biblia que ya se está mirando como un escrito puramente humano, o sea negándosele lo divino. Se ha minado la fe. Una vez minada la fe, se pasará a mirar a Cristo como un gran profeta, pero no como a Dios. El plan satánico se habrá consumado.

b) Se da la batalla en la moral. ¿necesito demostrarlo? Haga un recorrido examinando al pueblo católico, (no es mal exclusivo, pero sí es un paso atrás en la moral católica), y por citar algo, mire la prostitución que cunde, mire los escándalos públicos, mire el desprecio de toda autoridad, penetre en la intimidad de los hogares, en el interior de los templos: ¿es todo esto institución divina? ¿es el mandato de Cristo?

c) ¡La liturgia! Campo fecundo a los enemigos puesto que parece que ignoramos todos los dogmas en todas sus líneas para dejarnos llevar de falsos argumentos: «para que el pueblo entienda», ¿a quién? ¿a Dios? ¿a nosotros? Sofisma cuyo calificativo omito; «para que conozcan la Biblia», para lo cual les dan traducciones que solo son paráfrasis; «para que oigan conscientemente su misa», que bien sabemos que es el mismo e idéntico Sacrificio de Cristo en la cruz[16]; se le presenta como un ágape, una cena, un banquete... adornada con música de discoteca o de cantina, (¡adornada!), puesto que «metiendo tal música en las misas se acordarán de la misa en la cantina»[17]. ¿Se dan cuenta de lo que dicen? Acordarse de la misa en la cantina, si es que llegan a acordarse, solo sería para mofarse, no para dejar el antro del mal y recurrir a Cristo.

¡Renovar la liturgia...! ¿Santificándola? Ya no está disimulado el ataque contra Cristo. Contra Cristo sacramentado ¡cuánto han avanzado! Primero le dan la espalda al sagrario, (a Cristo sacramentado). Al sacerdote le imponen que impida la comunión de rodillas, que omita las genuflexiones durante la misa y fuera de ella, que omita las oraciones con las que ayudaba al pueblo a adorar a Cristo; o que secunde la poca devoción antes y después de la comunión, despachando a los fieles sin dar gracias, (tienen que dar gracias un minuto y sentados porque solo así se ora), y luego «podéis iros, la misa ha terminado...»; que al distribuir la comunión a los enfermos no se guarde ningún respeto; que después de tocar la Hostia con los dedos, no se preocupe por evitar se pierdan las partículas; que no se purifiquen los vasos sagrados, donde ciertamente ha quedado sangre de Cristo; y la lista puede seguir.

Y a los fieles, ¡cuánto no se está haciendo para infundirles la irreverencia a Cristo!

Y todo esto sin finalidad alguna, ¿para qué darla? El silencio les ayuda más puesto que «hay que obedecer», «son órdenes de Roma». Mentira diabólica. Las verdaderas órdenes, verbigracia, las del Concilio de Trento y las mismas del Vaticano segundo, son pisoteadas.

[14] Juan 17, 21.

[15] Mateo 12, 30.

[16] Concilio de Trento, Sesión 22. 17 de Septiembre de 1562.

[17] Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca.

Lo importante es seguir adelante en su destrucción de la fe en Cristo.

P. Lo que pasa es que usted es demasiado conservador, por esto no acepta ningún cambio.

C. Está usted en un error, ya lo dije antes. Acepto cualquiera sentencia condenatoria si me aparto de la verdad. Ahora responda: ¿lo dicho es verdad? ¿es error?

P. ¿Por qué nos achacan esos males que no tienen que ver nada con nosotros?

C. Recuerde mi proposición: Yo no dije: «los progresistas»; solo afirmé: «hay un plan diabólico en contra de Cristo»; y usted no contesta mis preguntas; ¿digo verdad o errores? Usted sabe que hablo con verdad, que puedo seguir con pruebas irrebatibles, que usted conoce la gravedad del problema... ¿quiere que siga?

P. Lo que no me gusta es que se nos atribuyan semejantes males.

C. Usted ya acepta que hay un plan satánico y niega que sean ustedes los que tengan que ver con dicho plan. ¿No es así? Créame que me alegra esto y quiero hacer un resumen de todo lo dicho para que usted me corrija si hay algo incorrecto.

P. Diga.

C. Creo que estamos de acuerdo en varios puntos:

1) Nuestra obligación como cristianos y más como sacerdotes es defender a las almas por el único camino de salvación que es Cristo.

2) Hay un plan diabólico para destruir la fe en Cristo verdadero Dios.

3) Hay en la Iglesia una división que favorece esos planes satánicos. Precisa localizar a los malvados.

P. De acuerdo, y por esto acepto este diálogo.

C. En primer lugar divido las causas en dos bandos: externas e internas.

De las externas nada o muy poco podemos decir pues prácticamente son invulnerables mientras cuenten con la quinta columna, que nos mina desde dentro.

Busquemos pues al enemigo interno, a esa quinta columna que está demoliendo la Iglesia con saña digna, (tal vez ni él lo acepte), de Judas Iscariote. Estos judas son anteriores unos, otros posteriores al Concilio Vaticano segundo.

Elementos anteriores al Concilio Vaticano segundo. Todos los que fomentaron, (no señalo personas ni responsabilidades), la convicción de que podemos «traer a juicio la palabra de Dios para que la ciencia determine su alcance»; «que podemos admitir que la Biblia llamada Vulgata puede y debe ser enmendada», (no explicada, sino enmendada), aun sabiendo que dicha Biblia está exenta de errores[18]; y por lo mismo que toda innovación está expuesta a error pues han dicho que San Pablo, (cito palabras lanzadas por progresistas), «solo escribió reminiscencias del antiguo Testamento», (¿y la divina inspiración...?), «que el antiguo Testamento no es histórico», y frases semejantes. ¡Cómo están minando nuestra fe!

Recordemos que la fe debe ser sencilla, que «si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»[19]. Y nuestro pueblo recibió con toda sencillez cuanto le propusimos, (o nos propusieron), como palabra de Dios. Fe poco científica, pero fe divina. Y ¿quién está quitando la fe al pueblo?... ¿podremos obligar a Cristo a que retracte su maldición contra los que impugnan la fe de los sencillos? Y daremos cuenta a él de todos los que se hayan perdido por nuestra desviación hacia la ciencia y no hacia él, Dios verdadero.

Son también factores de estas desviaciones todos los que preconciliares o posconciliares, hayamos aceptado una moral que retiró las luces de Dios, las gracias que sostienen la fe. Y si pasamos ahora a los causantes del mal posteriores al Concilio, podemos reducir los grupos a dos: los desobedientes al Concilio y al Papa; y los innovadores demoledores de la Tradición, demoledores de la Iglesia. ¿En cuál de estos dos podremos encontrar la verdadera causa de los males que buscamos desterrar?

P. ¿Quiere usted decirme que nosotros no tenemos cariño a la obra de Cristo?

C. Sea usted mismo el juez. ¿Ha observado la tendencia de algunos cambios? Ejemplo claro: Impedir que se reverencie a Cristo al comulgar.

P. Así comulgaron los primeros cristianos.

C. Voy a suponerlo sin concederlo. Mi proposición fue que el obligar a que se comulgue de pie lleva a la disminución de la reverencia, y consiguientemente de la fe en la divinidad de Cristo. Suplico pues su más delicada atención.

Hace pocos días un progresista escribió un artículo en el que refutaba a un cristiano verdadero, y daba siete razones para comulgar de

[18]Concilio de Trento, Sesión 4. 8 de Abril de 1546.
[19]Mateo 18, 3.

pie; todas las razones eran sofismas. Pero lo peor del caso es que jamás ha respondido a la demanda justificada del pueblo que tiene derecho a recibir la comunión en la forma que la pida, siempre que la pida debidamente. Y recibirla de rodillas no es forma indebida, todo lo contrario. Más aun, el sacerdote que niegue la comunión a los fieles cuando estos la piden debidamente, falta gravemente a su obligación.

Pero sigo luchando por llegar al fondo del problema.

Quitar la reverencia a Cristo es poner la base para hacer olvidar que es Dios; es camino para llegar a presentarlo como un gran profeta; como lazo admirable entre Dios y los hombres, pero no como Dios: el Verbo hecho carne. Y recuerde que esto es el fundamento de nuestra fe; que «sin esta fe nadie puede salvarse»[20].

Y añado que aun cambios que parecen de poca importancia están dando a las almas la sensación de inseguridad. Y lo dicen: «debemos humanizar al cristianismo». ¿Acaso no debemos divinizar a los hombres llevándolos desde su naturaleza hasta ser miembros vivos de Cristo? ¿Vino Cristo a elevarnos o solo a dejarnos en lo natural? ¿Ignoramos que hay dos vidas en los cristianos: la vida terrena, natural; y la vida sobrenatural? ¿Que él nos dijo: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»[21]? Y permitir la desnudez de la mujer, mayormente en la Iglesia, ¿es tender a la perfección divina? Mundanizar al clero, ¿es darle vigor en su apostolado? ¿ayudarle a santificarse y santificar a las almas? Impedir a los conservadores que luchen exponiendo la verdad…

P. No siga. Prefiero ignorar muchas cosas que solo perturbarían mi conciencia haciéndome ver que vivo en la falsedad, que todo es un mentís en mis determinaciones, que todo está rodeado de tinieblas de infierno pues contradice a Cristo; y si usted sigue va a dejarme con la impresión de no poder soportar esta vida.

C. Supongo que usted no quiere se le apliquen las palabras de Cristo que leemos en San Juan, palabras que deberían hacernos temblar, (nosotros creemos en la divinidad de cristo), palabras terminantes para los que se niegan a conocer la verdad: «Tuvieron la luz; y prefirieron las tinieblas a la luz»[22].

P. Pida a Cristo que me llene de su luz y de su gracia.

C. Pida otro tanto para mí. No quiero que el ángel del Señor me señale con la señal del anticristo. Y un error, puesto que tenemos bien clara la luz del cielo, sería irreparable.

Hasta otra ocasión.

6. Cuarta y Última Charla.

C. No sé si alegrarme o lamentarme por el curso de nuestras charlas. Sé que es poco estar de acuerdo en lo fundamental: nuestra grave obligación de secundar el plan de Cristo para la salvación de las almas, y para ello buscar lealmente la verdad; estamos además de acuerdo en no negar que la Iglesia sufre una acometida extraordinaria en la fe, en las costumbres, en la liturgia. Que el mismo romano Pontífice lo ha dicho que la Iglesia es víctima de una auto demolición[23]. Pero todo esto en que estamos de acuerdo, no impide que nuestras mentalidades estén en campos contrarios.

Ustedes se empeñan en condenarnos de desobedecer al Papa y a los obispos, y su prueba es «que no aceptamos todos los cambios». Yo respondo que aceptar todos los cambios es cooperar a la destrucción de la fe; que debemos atender a lo que el Papa dice pues Dios lo asiste en la doctrina; pero que no podemos aceptar cuanto se ocurre a los innovadores pues hay evidencia de errores graves, algunos abiertamente planes diabólicos. Insisten ustedes que los obispos mandan y nosotros no obedecemos; ustedes rechazan nuestra defensa que es clara: los señores obispos no son autoridad sino cuando actúan con el Papa, o sea con Cristo. Por esto afirmamos que no es obediencia el sujetarse a todo lo mandado; que es intrínsecamente malo romper con la verdadera Iglesia, la que tiene su base en Cristo, en los Apóstoles, en la Iglesia preconciliar.

Repetimos que los males, los errores de la Iglesia, (debería decir errores y males de los católicos), anteriores al Concilio Vaticano segundo no fueron errores exclusivamente litúrgicos, ni se corrigen con introducir una liturgia nueva; mientras ustedes se aferran en la reforma de la liturgia haciendo de esto el *aggiornamiento*, el poner al día a la Iglesia, y sosteniendo en el terreno de la acción que liturgia nueva es igual que santidad cristiana, igual que pasaporte seguro al cielo. Nos defendemos de los

[20] Hebreos 11, 6.
[21] Mateo 5, 48.
[22] Juan 3, 19.
[23] Discurso del 7 de diciembre de 1968.

intentos de cambiar la Biblia, porque sabemos que la Vulgata tiene la aprobación del Concilio de Trento y de los Papas y teólogos de cuatro siglos. Ustedes se empeñan en que vale más el dicho de los «sabios» que la autoridad dogmática de la Iglesia, y nos llenan de traducciones que no son sino paráfrasis de la palabra de Dios, paráfrasis que no siempre tienen el sentido correcto dictado por Dios. ¿Podemos así llegar a entendernos? Pero si le parece concretémonos a un punto, el más reciente. Nos atribuyen la demolición de la Iglesia a nosotros porque no aceptamos el nuevo Ordinario de la misa; o dicho de otra manera: si no hubiera aparecido el nuevo Ordinario, no habría auto demolición en la Iglesia. Sea mi primera respuesta el concordar los tiempos. La auto demolición fue declarada por el Papa antes del nuevo Ordinario; puede un efecto existir antes que la causa que lo produce?

P. La oposición al nuevo Ordinario ha sido la explosión, el fermento existía mucho antes.

C. ¿Desde cuándo existía y cómo se manifestó?

P. El Concilio Vaticano segundo sabía de este ataque, de esta demolición, y quiso impedirla. Sus causas son muy antiguas.

C. ¿Desde el Concilio de Trento, desde antes, desde tiempos posteriores a ese Concilio?

P. Desde mucho antes, desde que hay en la Iglesia desobediencias al Papa.

C. ¿Contribuyó el Concilio de Trento con los demoledores? Porque ya entonces había desobedientes al Papa; y la Misa ordenada, establecida por San Pío V, existía desde antes.

P. El Concilio de Trento condenó a los rebeldes.

C. A los protestantes, ¿no es así? Pero es que los protestantes no defendieron la Misa de San Pío V, la impugnaron como ustedes.

P. Pero el Concilio de Trento condenó a los protestantes porque no obedecieron al Papa.

C. ¿Siguen ellos en su actitud de no aceptar la Misa de San Pío V? ¿Son por lo mismo ellos los auto demoledores de la Iglesia? ¿Dejan de ser demoledores porque aceptan la reprobación de esa Misa?

P. Bueno; a ellos no podemos llamarlos auto demoledores, porque ellos no están dentro de la Iglesia; además ellos siguen condenando la Misa de San Pío V.

C. En tal caso, nosotros, los que fuimos defensores de la fe, que seguimos contra los que rechazaron la Misa de San Pío V; los que no hemos cambiado de posición en relación con la Misa de San Pío V, nosotros nos hemos convertido de verdaderos cristianos en demoledores de la Iglesia. Pregunto. ¿a qué se debe este cambio? ¿es la Misa la que dejó de ser católica; es el curso de los tiempos el que ha hecho un nuevo dogma; es… qué es lo que ha operado este cambio?

P. Son ustedes. Sé que no han cambiado, que defienden lo mismo que defendieron los cristianos de tantos siglos, pero antes de establecerse el nuevo Ordinario, eran obedientes con aquella Misa, ahora son desobedientes con esta misma Misa.

C. ¿En qué terreno se ha dado el cambio en la Misa? ¿En el dogmático; en el pastoral; en el de rúbricas…?

P. En el terreno pastoral.

C. Magnífica confesión. Es en el terreno pastoral en el que la misa a cambiado, no somos nosotros. Examinémoslo. Veámoslo por partes.

Antes se rezaba el Evangelio de San Juan reafirmando la divinidad de Cristo. Eso era en otros tiempos pastoral; dejó de serlo y ahora es anti pastoral reafirmar dicha fe. Diga. Antes se leía la Biblia Vulgata, ¿era pastoral? Ahora se muda la Biblia al capricho de los científicos. Estos sí actúan conforme a la pastoral, la Vulgata es contraria…

Antes se consagraba el pan y el vino con las palabras mismas de Cristo contenidas en la Vulgata, y eran eficaces para realizar el Sacrificio de Cristo, eran pastorales; hoy no se usan esas palabras porque ya no son pastorales; antes era pastoral invitar a los fieles a la devoción y respeto a Cristo sacramentado, hoy se debe comulgar de pie, dar gracias sentados… porque esto es pastoral; no lo es dejar al pueblo que rece a Cristo a quien ha recibido sacramentado… antes era pastoral la fe en la presencia de Cristo en las partículas consagradas, en las gotas de sangre que el sacerdote purificaba, hoy no es pastoral. Resumiendo: Los conservadores tenemos la misma postura religiosa que antes, y somos demoledores porque la Misa dejó de ser pastoral, y solo es pastoral cambiándola, poniéndose del lado de los protestantes que, (si aceptamos sus respuestas), sí están en lo justo.

P. Es usted muy hábil para discutir, pero no saben obedecer.

C. Creo haber demostrado que obedecemos;

creo haber expuesto las razones realísimas por las que deberíamos atender si es o no es conveniente algún cambio; creo haber demostrado que hay un plan diabólico para minar la fe en Cristo, creo haber llegado hasta demostrar el camino de los enemigos y cómo los cambios, unos directamente, otros indirectamente favorecen al plan satánico. Más aun, hemos acudido al Papa para que nos permita continuar luchando al lado de Cristo; y la única respuesta que hemos tenido ha sido la declaración de desobediencia porque no aceptamos los cambios, y hemos evidenciado que la mayor parte de esos cambios no los han mandado legítimamente, sino que hombres movidos por secretos móviles los han introducido.

Y mientras más defendemos la verdadera doctrina, mientras más propugnamos porque no se introduzca una división separando la Iglesia anterior al Concilio Vaticano segundo, y la Iglesia posterior al mismo, más se nos rechaza como a hombres de mala voluntad, hombres comparables a los que la antigua sinagoga ordenó arrojar porque confesaban que Cristo era el verdadero Mesías[24].

Y nos dice que somos nosotros un motivo de escándalo… Oiga a los católicos, (puedo citar almas de íntima unión con Dios), y vea quiénes son el motivo de escándalo. Y si no quiere oír sino a Cristo, recuerde las palabras de San Mateo que nos narra las de nuestro Redentor «por sus frutos los conoceréis»[25].

Y los desafío para poner en una balanza los frutos de los cambios y los frutos de los no progresistas.

P. Es que ustedes rechazan muchísimos fieles porque no se amoldan a sus ideales.

C. A nadie hemos desechado; la doctrina de Cristo es para todos. Queremos que vengan todos los hombres, pero no a mundanizarse; sino a recibir la sublime elevación que nos da la gracia. Porque nuestro cristianismo es el mismo que el predicado por Cristo y sus Apóstoles, no el que lleva a los placeres del mundo.

P. Y ¿usted prefiere quedarse con unos cuantos, dejando a la muchedumbre fuera del camino de salvación?

C. Prefiero darles la doctrina verdadera, incluyendo la mortificación, la pureza, la reverencia a Dios y a nuestro único Salvador. ¿Pocos? ¿muchos? Esto es obra de Cristo; obra que debemos secundar, «no con medios de humana sabiduría, sino por la virtud de Dios»[26], «para que no se excluya el poder de la Cruz»[27]. Porque «si un ángel del cielo o yo mismo os predicare otra doctrina que la que habéis recibido, sea anatema»[28]. Y «si yo agradare a los hombres no sería siervo de Cristo»[29]. Y cuando me pidan los hombres misas a gogó, cuando los pueda atraer tolerando sus inmodestias o pecados, pediré «ser anatema por mis hermanos»[30]; pero no caeré, (con ayuda de Dios), en la tentación de secundarlos.

Creo que es inútil seguir estas charlas. Ustedes nunca aceptarán las verdades que nosotros queremos hacerles ver. Para ustedes no dejaremos de ser unos desobedientes; para nosotros no dejarán ustedes de ser innovadores que no quieren darse cuenta de los lazos de Satanás.

P. No estoy de acuerdo con su última frase; pero sí, creo que es inútil seguir.

C. Como punto final, déjeme exponer la síntesis de nuestra mentalidad.

El cristianismo solamente tiene una finalidad: santificar a las almas llevándolas a Cristo. Como consecuencia ineludible, aquello es cristianismo que nos ayuda a santificarnos llevándonos a Cristo; aquello es anticristiano que nos impide, aunque sea parcialmente esa finalidad.

Es prueba de poco amor a Cristo el dar la impresión de condenar su obra, defendida por veinte siglos; es decir como quien condena la Iglesia de ayer, de hoy y del futuro. Añado un pensamiento: ustedes o nosotros estamos en el error. Alguno de los dos tenemos la luz de la verdad y preferimos las tinieblas. Yo confío en mi adorado Redentor que mi voluntad es totalmente de él y que defiendo a su Iglesia inmutable; que soy para él un consuelo y no una espina. Podré ser un Pedro débil, pero no un Judas.

P. Mejor es no seguir. Oremos unos por otros.

C. Así sea.

7. La Autoridad.

Todas las épocas han tenido ligeras o profundas notas que las caracterizan. Nuestra

[24]Hechos 4, 17.
[25]Mateo 7, 20.
[26]1 Corintios 2, 13.
[27]1 Corintios 1, 17.
[28]Gálatas 1, 8.
[29]Gálatas 1, 10.
[30]Romanos 9, 3.

época no está exenta de esta ley; tenemos una nota característica como pocas: la división.

Nos encontramos divididos, no solo con las divisiones de todos los tiempos; divisiones entre naciones; divisiones económicas; divisiones de tendencias. La división actual ha invadido aun lo más grandioso que hay: las relaciones del hombre con Dios.

Hoy solo quiero estudiar una de estas divisiones ideológico-prácticas. La división relacionada con la autoridad.

Dos tendencias diametralmente opuestas: la negación de la autoridad, y la exaltación de la misma; casi me atrevo a decir que la divinización de la autoridad.

De nada serviría exponer las conclusiones formuladas por los filósofos de todos los tiempos; cada uno de los bandos rechazaría cuanto se le opusiera, exaltaría cuanto le favoreciera. Preciso es un estudio que nos dé con toda claridad la solución del problema.

Parte primera: Lo que no es la autoridad.

a) La fuerza no es el fundamento racional de la autoridad.

El simple enunciado es tan claro que podría parecer inútil exponer las razones de él. Y, sin embargo, ¿no vemos con frecuencia que los detectores del poder, es decir de la fuerza, se arrogan toda autoridad? Se ha dicho y con razón que los vencedores tienen dos victorias: la del derecho de imponer condiciones, y la de escribir la historia. Detentores justa o injustamente de esos derechos. Una revolución que triunfa, ¿no se siente con derecho para autodeclararse autoridad? Una riña entre particulares o entre familias, ¿no parece fundar un derecho para quien tiene la fuerza? Y, sin embargo, la fuerza no puede ser el fundamento justo de una autoridad. En cambio sí es, con frecuencia, el principio de una injusticia.

De esto tenemos ejemplos casi innumerables; podría decir que no hay familia que no haya sentido los efectos de este falso principio; unas veces como víctimas, otras como victimarios. Pero citemos un ejemplo ridículo que nos hable con claridad. ¿Quién diría que el elefante debe ser el que tenga autoridad contra los hombres, porque él tiene más fuerza? Además, sin acudir a los animales, si un hombre tiene más fuerza que otros, no la tiene sobre muchos. Puede vencer a cada uno de sus semejantes, pero no puede contra todos. De donde podríamos concluir que la fuerza de uno jamás puede ser principio de autoridad, pues siempre será vencido por la muchedumbre.

Y ¿qué decir de la fuerza de una muchedumbre cuando se encuentra frente a otra muchedumbre? Tendríamos que resolver que la guerra es el fundamento de la justicia, y que, con tal presupuesto, el bando más fuerte tiene la razón.

Nada más absurdo. Sobre toda fuerza debemos pensar que hay algo que establece la justicia, y también algo que debe regir los caminos de toda autoridad.

b) Tampoco puede ser fundamento de autoridad la astucia.

Comienzo por establecer la diferencia que hay entre astucia y prudencia. La prudencia es una virtud natural o sobrenatural que ordena hacia un fin digno los medios que conducen a ese fin. Por el contrario, la astucia no mira la justicia del fin propuesto sino los intentos del astuto que se propone conseguir algo, y nada le importa sino triunfar en sus planes.

Es demasiado frecuente que los hombres astutos tengan el triunfo; porque para ellos no hay limitación en los medios que usa, no hay justicia que lo detenga. Y contando con todos los elementos que tiene a su alcance el justo, le lleva ventaja en los medios de que no dispone su adversario. Para el astuto se abren las puertas de la calumnia; las de las falsas necesidades; las del engaño que están en la falsa amistad, el falso cariño... las infiltraciones de quintacolumnistas, las perfidias... Y no solamente en casos privados tiene lugar el triunfo de la astucia, también en casos nacionales e internacionales. Una nación que se dinamita un barco para echar la culpa al enemigo y conseguir de este modo la voluntad del pueblo que lo secunde en la guerra; una falsa injuria presentada al pueblo como lesión del honor nacional. Una urgente necesidad de trato con los poderosos para adueñarse de los pequeños... y tantas otras mentiras que dan a los astutos el goce indebido de los bienes de sus semejantes. Ni faltan infiltraciones en el campo religioso. Todos los que hayan sido víctimas de astutos, verán con toda claridad que no está en la astucia el fundamento de la autoridad.

Permítaseme citar un caso de que tuve noticia cierta.

Hubo una familia en la que uno de los hijos abusaba de los bienes paternos. El padre ignoraba quién fuese el mal hijo, incluso sospecha-

ba de un criado fiel. Pero uno de los pequeños tuvo plena noticia de quién era el culpable, y lo denunció a su padre.

Este fue cobarde en poner el remedio donde debía ponerlo y le dijo al ladrón que ya sabía que él robaba; que si no dejaba ese camino se vería en la precisión de imponerle una fuerte sanción.

El malvado se propuso investigar quién lo había delatado, para vengarse. Con toda astucia inventó una historia, (historia falsa), que sabía había de impresionar al hermano de quien sospechaba era su acusador. Se la cuenta echándose él la culpa y diciendo que su papá lo iba a castigar porque le había echado a él la culpa, (al pequeño). Este va y delata al mayor para disculparse; el papá reprende al malvado quien de este modo supo de quién podía tomar venganza. ¿Quién podría justificar al astuto? Y con todo triunfó de la inocencia.

c) Ni siquiera es fundamento de la autoridad el talento.

Dos palabras nos convencerán de esta verdad. ¿Diríamos que el hombre de más talento debe ser la máxima autoridad? Casualmente la historia nos dice que los hombres de máximo talento han estado lejos de ser autoridad. Ha juntado ambas cosas un Salomón, pero ¿quién otro? En cambio, podemos citar talentos como Platón, Aristóteles, San Agustín, Newton, Einstein, etcétera, que no han regido sino a su familia (y no sabemos hasta qué punto).

El hombre de talento puede aconsejar; digo más: debe aconsejar pues el talento, don de Dios, no lo ha recibido solo para él sino para servir a sus semejantes; pero aconsejar no es mandar.

Habría además una grave dificultad: ¿quién juzgaría del talento? Y al dejar en unos jueces la determinación del talento, dejaríamos a ellos el nombramiento de la autoridad. Verdadero conflicto en el terreno de los hechos.

d) Ni siquiera podemos afirmar que la autoridad la da la mayoría del pueblo gobernado.

Porque si hemos de suponer que el hombre de autoridad debe ser obedecido; si obedecer es renunciar a mi libertad porque alguien tiene derecho a privarme de ella; si en este caso mi libertad desaparece en aras de otro hombre, ¿quién le ha dado a la muchedumbre ese poder de privarme de mi libertad y hacer que yo acepte la ajena? ¿un contrato de la misma sociedad? ¿qué decir de los que no aceptan ese contrato? ¿volveremos al principio de este estudio para afirmar que la mayoría tiene la fuerza y que debemos sujetarnos a esa fuerza? ¿diremos que hay una razón: el bien común? Pero ¿por qué he de sacrificarme al bien común? Supongamos que yo no pierda nada; el solo hecho de abdicar de mi libertad, es decir actuar contra mí mismo, no porque hago uso de mi libertad sino porque se me impone, es indigno de mi ser racional, y no puedo aceptarlo.

Afirmo pues que la autoridad no se crea, se confiere; y la confiere aquél que tiene derechos sobre mí, aquél que no tiene que pedir a otro un derecho sobre los hombres. Toda autoridad viene de Dios.

Renunciar a mi libertad por temor a los hombres, es cobardía; renunciar a mi libertad por obtener algún provecho, es egoísmo; renunciar a mi libertad porque siento mi cortedad de talento, es apocamiento; renunciar a mi libertad porque otros, (o todos), así lo hacen, es insensatez; renunciar a mi libertad porque quiero hacer un sacrificio de lo más digno, de lo más preciado en aras de mi Dios, es elevación, es grandeza, es virtud.

Probémoslo con un ejemplo irrefutable.

Hay en Nazaret una familia única en la humanidad: la forman Cristo, María y José.

¿Cuáles son los valores? En talento: Cristo, María, y en último lugar José.

En dones naturales y sobrenaturales: Cristo, María y José.

Y la autoridad, ¿cómo está determinada? José, María, Jesús.

¿Cómo puede ser que Cristo infinito en poder, sabiduría, gracia y demás dones esté sujeto a José y a María? ¿Podríamos decir que esto es irracional? De ningún modo.

Segunda parte: Lo que es autoridad.

Porque autoridad es una obligación que Dios impone a los hombres para que ayuden a los demás siendo intérpretes de su voluntad divina; intérpretes de los designios de Dios, y solo intérpretes.

Quiero probarlo.

El hombre, cuya naturaleza es limitada, deficiente aun para las cosas que le son necesarias, tiene necesidad de vivir en sociedad. Tiene también necesidad de ser ayudado en sus determinaciones para que no lo domine su propio egoísmo. Vivir en sociedad, compartir con otros la lucha de la vida y verse envuelto por el

egoísmo que tiende a evitar las cargas y buscar los placeres, sin alguien que busque la justicia de ambas tendencias, sería provocar toda clase de males, tanto temporales como morales. Es necesaria una autoridad.

No pudiendo fundarse ésta sino en una delegación de Dios, debemos concluir que solo puede alcanzar los límites señalados por el delegante; en el caso de que tratamos, los límites señalados por Dios.

De lo cual infiero dos consecuencias incuestionables, que *al obedecer a la autoridad humana obedecemos a Dios que le ha dado su autoridad*, y seguidamente, que la autoridad que se sale de los límites que le han concedido, se hace culpable: a) del crimen de usurpación; b) de los daños que su usurpación causen; c) de la destrucción de la misma autoridad. Triplemente culpable, ya sea que los hombres alaben su actuación, ya sea que la condenen.

Conclusión.

La autoridad no es un privilegio concedido al que manda, sino una comunicación de la verdadera autoridad que es Dios, comunicación que da lugar a dos obligaciones: en el que manda, obligación de actuar de acuerdo con los planes divinos; en el que obedece, obligación de no mirar al hombre sino a Dios que se sirve del que manda como de un instrumento.

Todo lo cual equivale a decir. Autoridad no es sinónimo de impunidad, dará cuenta muy estrecha a Dios, más estrecha que los que obedecen[31]; ni de omnipotencia. Su campo de acción está limitado por el que Dios le ha señalado; ni es sinónimo de infalibilidad puesto que Dios no se ha comprometido a guiarle cuando el que tiene autoridad no cumple con su obligación de buscar humildemente y con esfuerzo leal, qué es lo que Dios quiere; ni sinónimo de libertad. No tendrá que pedir permiso a otros, pero sí necesita actuar como quien ha de responder más estrechamente de sus actos. Responderá a Dios.

La obligación del súbdito es, como antes dije, ver en lo ordenado, (no en el que ordena), una declaración de la voluntad de Dios; pero cuando le consta claramente que lo ordenado no viene de Dios, no puede estar obligado a obedecer. Tal vez la caridad con los demás, (incluyendo como uno de tantos al superior), le obligue a sujetarse como si viera en lo mandado algo querido por Dios, pero no es lo mismo caridad que obediencia.

Ni es de temer que una desobediencia mine el principio de autoridad; sí mina el prestigio el que manda mal, más que las desobediencias de los súbditos.

Cuánto sea verdad lo dicho se puede ver en el hecho de que cambiando al superior que obró mal renace espontáneamente la obediencia. Había fenecido el prestigio, no el principio de autoridad. Afirmo, por lo mismo, que en las dos tendencias enunciadas al principio hay un grave error: la autoridad es necesaria, es connatural al hombre, es voluntad divina. «Resistir a la autoridad es resistir a Dios»[32].

Abusar de la autoridad, ya sea usurpándola, ya sea haciendo mal uso de ella, es diabólico, es hacerse reo de innumerables pecados tanto propios como ajenos.

8. ¿Un Simple Error?

Palabras dedicadas a mis amigos y hermanos en Cristo.

Tres han sido las reacciones producidas por los hechos últimos narrados por la prensa, es decir por el fracaso de la marcha a Roma de representantes católicos de todo el mundo. Veamos si realmente es un fracaso.

Los hechos. Dice la prensa: «No recibió el Papa a católicos conservadores.» «Afirma Radio Vaticano que el Papa no es campeón de revolucionarios ni custodio del pasado».

Dos hipótesis surgen, ambas formuladas por católicos, (tal vez también por no católicos):

1. Es verdad que el Papa no recibió a los católicos;

2. No es verdad que el Papa se haya negado a recibirlos, sino que su personal falsamente declara, en ocasión tan importante y trascendente lo que el Papa no ha dicho, poniéndolo en boca del Papa.

Con toda intención dejo sin mencionar a los que no piensan y dan por hecho que todo lo que viene de Roma, (o que nos dicen que viene de Roma), se debe aceptar.

Estudiemos las dos hipótesis.

Supongamos que el Papa no se negó a recibir a los peregrinos, sino que su personal se atrevió a poner en boca del papa semejante respuesta.

En esta hipótesis nos obligan a dudar de todas las resoluciones que dicen ser mandatos del Papa. Porque ¿cómo distinguir las cosas

[31] Sabiduría 6, 6.

[32] Romanos 13, 2.

que realmente manda el Papa de las que no manda, sino que sus allegados dicen que son órdenes del Papa y solo son imputaciones hechas al Papa? Y si además hay fundamento para dudar, porque el asunto mismo de que se trata se opone a la doctrina defendida por la Iglesia, ¿cómo aceptar que es el Papa y no los que forman una quinta columna?

Pero preciso es estudiar la otra hipótesis: de verdad el Papa se niega a recibir a los católicos.

Comienzo por negar semejante hipótesis pues nos consta que recibe a masones, comunistas, judíos... a toda clase de personas. Pensar que se niega a recibir solamente a los católicos sería monstruosos; con todo es preciso estudiarlo.

Se niega por temor a las razones que los católicos pueden presentarle. El papa, en esa hipótesis, faltaría gravemente a su deber de defender la verdad y a las almas que cristo le ha confiado: increíble.

Se niega, (sigo hablando en hipótesis), porque él mismo siente que los conservadores tienen razón y prefiere darla a los innovadores. ¿Contra su conciencia? No podemos admitirlo, pero lejos de afirmar semejante acción, solo señalamos las consecuencias lógicas que de ella se seguirían.

El Papa no está con la verdad. Provoca el cisma. Se niega, (tercera suposición del terreno de las posibilidades), porque los no católicos volverían las espaldas a Cristo si vieran que el Papa recibe a los católicos.

Dicho en otras palabras: Prefiere destruir a los fieles, acabar con la Iglesia que ya tiene fe en Cristo para entregarla a los que han sido sus enemigos. Imposible creerlo, pero la consecuencia lógica sería que ya no actúa como Papa.

Y en estas tres suposiciones formuladas para el caso en que realmente no hubiera recibido a los católicos, tenemos derecho para dudar o negar lo que nos viene de Roma. Una vez más insisto en afirmar que no es el papa quien actúa; dudemos de lo que nos dicen de Roma que ha mandado el Papa.

Resumen: Los hechos narrados por la prensa tienen una consecuencia cierta. No podemos aceptar a ciegas lo que se nos da como emanado de la auténtica autoridad del Papa. La duda, la incertidumbre están en la conciencia de los católicos. ¿Duda en su fe en Cristo? No, sino en las orientaciones y órdenes emanados del Vaticano. Daño incalculable y en algunos casos irreparable.

Resolución práctica, (dictada por Cristo): «Velad y orad para que no caigáis en la tentación»[33]. Recordemos que «Satanás dará la lucha contra los católicos y los vencerá»[34]. Y para los que tienen la responsabilidad de los fieles: Urge, y la responsabilidad es grave, disipar la duda. No disiparla equivale a hacerse responsable de muchas almas.

9. ¿Cristo Dividido?

Hace tiempo que mi admiración y cariño por San Pablo ha venido creciendo sin que logren menguarlo las voces miserables de quienes diciéndose cristianos afirman que este gran Apóstol solo escribió reminiscencias del antiguo Testamento. Herejes que han olvidado la divina inspiración del nuevo Testamento y la singular elección de Cristo que quiso hacerlo vaso de elección para nosotros los no judíos.

A Dios gracias tales herejías solo han servido para estimular mi cariño a todo cuanto hizo y escribió este enamorado de Cristo.

Pero no es, no pretendo que sea un panegírico; es algo mucho más serio, más importante lo que diré, inspirado precisamente en la doctrina que he aprendido en sus cartas y que sin duda él nos volvería a decir en estos momentos de crisis.

Había en Corinto división entre los cristianos, división que tenía por fundamento el haber sido bautizados por Pablo, por Cefas, por Apolo... nada de esto podía admitir San Pablo pues todos los que creemos en Cristo solo tenemos un fundamento de unidad: Cristo. Y por esto él se exalta y con toda crudeza reprende semejante desviación: «¿Acaso Cristo está dividido?[35]»

No se trataba sino de partidos humanos; cada quien se adhería a aquel de quien había recibido la fe. ¿Por gratitud? ¿Por cariño? Pero había división, y esto es lo que se reprende. No se trataba de fallas en las que peligrara la fe; y con todo se oye el grito de angustia, grito que Dios quiso divinizar y dejárnoslo consignado como palabra suya. ¡Qué diría si viera que hoy peleamos por defender al cuerpo místico de Cristo contra toda infiltración de herejía, y

[33]Mateo 26, 41.
[34]Apocalipsis 13, 7.
[35]1 Corintios 1, 13.

que tal defensa es rechazada con pretexto de obediencia al Concilio o al Papa!

Veinte siglos de Iglesia que hoy se condenan como si en ellos Cristo se hubiera olvidado de defenderla contra todo error; riquezas incontables de reverencia y de cariño a Cristo, que hoy son despreciados y postergados con el pretexto de *hacer a Cristo más humano*; amor a los preclaros modelos de cristiandad que la misma Iglesia ha propuesto para que sean imitados y honrados, hoy desterrados de los templos como se destierra a un intruso; liturgia venerada que llevó al heroísmo a los mártires y confesores que nos precedieron, suplantada por gestos de salón y por palabras que inducen a la herejía...

¡Cómo quisiera yo poder hablar como San Pablo en estos días que palpamos la división, división en la que Cristo en su cuerpo místico es desgarrado!: ¡Yo soy progresista! ¡Yo conservador! Vergüenza para quienes confesamos una fe, una Iglesia, un solo Redentor...

Oigamos de nuevo a San Pablo que nos dice: «¡Oh insensatos gálatas, (entendamos insensatos cristianos), ¿quién os ha embaucado[36] para que no obedezcáis a la verdad?[37] Porque si yo mismo o un ángel del cielo os predica diferente de lo que habéis recibido, sea condenado»[38].

Sé lo que pueden replicarme. El único camino seguro es obedecer a nuestros pastores. ¿Sin preocuparnos de quien tiene la verdad? Porque desgraciadamente, cuando hay división, la verdad queda oscurecida. Y el mismo San Pablo nos advierte: «No queráis errar»[39]. Llegar a Dios por el camino del error sería tanto como encontrar la luz caminando por las tinieblas. Dios es la verdad; Cristo nos lo aseguró diciendo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»[40]. Y yo quiero llegar a Cristo.

Recordemos que quien no entra por Cristo, es ladrón que viene a robar y matar; que «si permanecemos en él daremos fruto, tendremos la vida eterna; pero si no permanecemos en él seremos cortados y arrojados al fuego ...»[41].

Es que nuestros pastores nos guían a Cristo pues ellos están unidos al Papa y al Concilio. Insisto: donde hay división, no puede haber certeza de la verdad porque forzosamente uno de los partidos está en el error, y yo no quiero vivir en el error.

Hay un texto del Evangelio que debería conmovernos. «Todo reino dividido será desolado»[42] y muchas veces me he preguntado si esta sentencia de Cristo no deberá aplicarse también a este reino. No porque yo crea que la Iglesia ha de morir, sino porque la división haya de ser la señal de un reinado diabólico: el reinado del anticristo. Porque, cuando Cristo vuelva a poner fin a la iniquidad, el mundo se encontrará en apostasía universal. Así nos lo anuncia Cristo. Y si él murió, no para quedar muerto sino para triunfar definitivamente en su Resurrección, también la Iglesia se verá como muerta cuando los hombres se dobleguen adorando al «hombre de iniquidad, al que se hará pasar por Dios, sentado en el lugar santo»[43]. Y esto, (así lo pienso), tendrá lugar cuando llegue la «abominación de la desolación»[44] anunciada y precedida de la división. Iglesia dividida, Cristo dividido en su cuerpo místico. Y esta división la estamos palpando.

Y ¿quiénes serán los responsables de esta división? ¿Los que deseamos conservar la fe en Cristo con todo lo que sea digno de conservarse en la Iglesia, o los que pretextan querer volver al cristianismo primitivo destruyendo cuanto tenía la Iglesia, aun lo más santo, sin renovar lo que en verdad debiera renovarse? Espíritu de destrucción, no de renovación; de innovación y no de progresismo; de mundo y no de cristianismo. «Por sus frutos los conoceréis»[45].

Permítaseme cortar aquí para exponer en otro artículo el fondo mismo de esta división, sus causas, sus realidades, sus propósitos.

Índice

[36] Gálatas 3, 1.
[37] Gálatas 5, 7.
[38] Gálatas 1, 8.
[39] Gálatas 6, 7.
[40] Juan 14, 6.
[41] Juan 15, 5.
[42] Mateo 12, 25.
[43] 2 Tesalonicenses 2, 3-4.
[44] Mateo 24, 15.
[45] Mateo 7, 20.